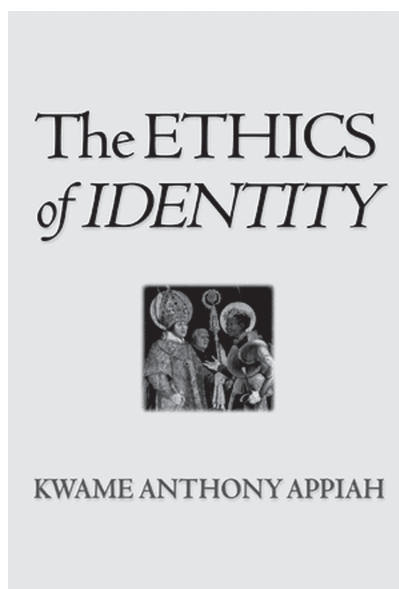


APPIAH, Kwame Anthony. La ética de la identidad. Editorial Katz, Buenos Aires, 2007. 404 Páginas. ISBN: 978-987-1283-36-1

Por: Carlos Vladimir Zambrano, Ph. D.

Uno de los desafíos intelectuales y académicos de la Bioética es la canalización de la diversidad cultural hacia sus fuentes de saber, sus prácticas profesionales y sus desarrollos éticos. La bioética no puede hacer abstracción ni de los impactos producidos por la sociedad tecnocientífica en el curso de la vida en general, ni puede desarrollarse sin tener en cuenta la pluralidad de los hechos culturales, morales y éticos. Bioética, tecnociencia, multiculturalidad y pluralismo, por decirlo de alguna manera brusca, van de la mano, están mutuamente interrelacionados y son irreductibles unos a otros.



El libro de Appiah permite acercarse al tema de exclusión desde las identidades y las diversidades. No es, *stricto sensu*, un libro bioético; podría sustentarse que tendría alcances bioéticos en el sentido de que responde a la provocación de pensar la diversidad cultural en clave identitaria y ética, como dinamizador del plan de vida de los seres humanos en contextos multiculturales o interculturales.

La diversidad que le preocupa al autor no es cuestión de las culturas, sino de las identidades; diferenciación que es –a mi juicio- muy útil. Appiah llega a establecer una ecuación: a la merma de los contenidos culturales de las identidades, aumenta la estridencia creciente de sus reivindicaciones. Con estas consideraciones no se propone recomendar que no se tomen en serio los numerosos reclamos que se hacen en nombre de la cultura (cfr. 183), pero basta enunciarlo de esa manera para estar al borde de la conculcación de derechos. El tema de la cultura, para ser ético, en el sentido garantista de derechos, no puede defenderse ni atacarse con criterios morales; todos los criterios morales deben protegerse no argumentarse; no pueden ser juez y parte, y eso es lo común en los asuntos de las costumbres, porque es con las morales de sus propias tradiciones con lo que las personas hacen sus juicios, discriminan y excluyen. No obstante, tales *mores* son los que deberán comprenderse, a toda costa.

La ética de identidad tiene un camino que recorrer. El seminario internacional de la Universidad El Bosque, en el año 2007, Bioética, diversidades y exclusión, debería hacer lo propio en el campo bioético. *The Ethics of identity*, fue publicado en 2005 por Princeton University Press, y ha sido traducido por Lilia Mosconi para Katz Editores de Buenos Aires. El autor –quien intenta reflexionar sobre el desplazamiento de las obligaciones morales a las realizaciones éticas- es inglés, hijo de padres ganeses, no muy conocido en América Latina, y dedicado a los estudios culturales, desde la filosofía. Katz de Buenos Aires, que nos ha traído excelentes títulos, lo publica en la colección conocimiento; en ella destacan, además, los trabajos de Marta Nussbaum sobre el *ocultamiento de lo humano*, Seyla Benhabib con *las reivindicaciones de la cultura*, Richard Bernstein sobre *el abuso del mal* y, Amartya Sen sobre *identidad y violencia*. Lo que Appiah escribe para el mundo angloparlante, su mundo; Katz, lo traduce al español, nuestro otro mundo.

¿Cómo dar cuenta de esas formas sociales que se llaman *identidades* y sus reclamos éticos? (cfr. 20), es una pregunta sobre el mundo de las inclusiones y exclusiones que los seres humanos han creado, y que particularmente atormenta al autor. De ahí que le surjan un par de preguntas eje: “¿las identidades representan un freno para la autonomía o son ellas la que la configuran? ¿Cuáles son los reclamos justos, si es que

hay alguno, que pueden hacer al Estado esos grupos de identidad?” (20) De ahí en adelante Appiah organizó el trabajo. Lo hizo en seis capítulos: el primero, la ética de la individualidad; el segundo, la autonomía y sus críticos; el tercero, las exigencias de la identidad, el cuarto, el problema con la cultura; el quinto, la formación del alma; y, el sexto, el cosmopolitismo arraigado.

Liberal que debate liberal, eso parece definir al autor. No obstante, por hablar de libertad, igualdad, fraternidad e individualidad no se es más o menos liberal; ni aún cuando la sustancia de lo individual se nutra de categorías como la identidad, la cultura, el alma y la tradición –todas ellas tan conservadoras- como sucede en el análisis presentado en *la ética de la identidad*, el libro de Appiah. Él, explora en el libro la ética de la identidad en la vida personal y política, tomando la noción de identidad desarrollada por Stuart Mill: “un agradable compañero de viaje” (20), que dijo que el tema de la identidad no es en absoluto ajeno al canon más alto de la filosofía política.

Los “elementos centrales de la tradición liberal son materia de controversia” (12), advierte Appiah. Dichos elementos mestizados con otros conceptos, son fuente y parte de agrias polémicas; es quizás por ello que Appiah advierte -desde el principio- que el liberalismo –como toda tradición intelectual- “más que una doctrina, es un conjunto de debates (cfr. 13-14), en el que la identidad es un desafío al liberalismo, ya que el tema de la identidad devela una doble situación: la diferencia de las formas de vida, y, el poco interés liberal en ellas; sobre todo el poco interés –germen de toda exclusión- por los seres humanos particulares y contextuales en situaciones de multietnicidad, y multiculturalidad. De ahí que, el texto renueva con brío –aunque no se si con sentido- el tema de la diversidad en la política, por la vía de la deliberación ética. Al respecto traza una suerte de agenda:

“Al trasladarse al campo de la obligación moral al de la realización ética, la reflexión de los filósofos modernos ha retornado a preguntas que absorbieron la atención de los antiguos: preguntas acerca de qué vida deberíamos llevar, que define una vida bien vivida como algo más que una vida que satisface nuestras preferencias... En los orígenes de la fi-

lososía política moderna, la cuestión de la diversidad estaba lejos de ser marginal: era un asunto prioritario... ‘amplias tendencias históricas han impulsado el desarrollo de la generalización en el pensamiento moral’... y lo que fomentó tal generalización fue precisamente la serie de desafíos que presenta la diversidad interna” (21).

Cuatro temas, básicos para la diversidad, deben destacarse del texto de Appiah; la individualidad, la autonomía, la identidad y la cultura. La individualidad la desarrolla desde la ética, la autonomía desde sus críticos, la identidad desde sus exigencias, y la cultura desde sus problemas. Ese panorama de por si se insinúa bioético puesto que la realización de los individuos (bienestar, no sufrimiento, libertad, desarrollo) en la sociedad tecnocientífica esta marcada por la profundización de los derechos individuales, por la promoción de la autonomía de las personas, por el respeto a las diferencias, y por el reconocimiento de la diversidad cultural.

Para Appiah, la ética de la individualidad es el gran experimento de la libertad liberal, experimento que se proyecta en los planes de vida (concepto milliano, según el autor), sobre la base de elecciones sociales, inventivas y auténticas. La ética en la identidad es proyectada desde la pregunta por el “¿cómo encaja la identidad en nuestros proyectos morales más amplios?... Adoptar una identidad, hacerla mía –subraya Appiah-, es verla como el factor que estructura mi camino en la vida” (58). Tal afirmación y la sustentación abren, párrafos adelante, un nuevo debate: la identidad es una fuente de valor, o “algo” que hace realidad otros valores.

La autonomía y sus críticos, y Appiah es uno de ellos. El argumento desde las otras culturas es una pista falsa para hablar de la autonomía, señala él, en la página 87. La autonomía no es dable –continua dando razones- porque no es posible hablar de individuos realmente autónomos en una sociedad. Si la autonomía es, al modo de Mill, la capacidad de elegir un plan de vida, por si mismo, sin que nadie lo haga por uno, es imposible que ella se produzca. Otros dos temas son saber cuan autónomos deberíamos ser y de qué autonomía hablando. Lo que exige la autonomía es tener en cuenta más de dos puntos de vista.

Las exigencias de la identidad se vehiculizan en narrativas y *performances*, éstos coadyuvan a la estructuración de las identidades sociales, tanto en contextos multiculturales como uniculturales. Al hablar de la identidad con el fin de explorar sus dimensiones es necesario nutrirse de ideas como autonomismo, pluralismo y neutralismo, narrativas y *performances* que se acomodan para reconsiderar la neutralidad (incluso la objetividad) y el lenguaje del reconocimiento (incluso la tolerancia), y se proyectan como programas y como planes de acción, individuales y públicos. En Colombia es interesante la metáfora de los planes de desarrollo como planes de vida, sobrepasan la esfera privada de Mill, para instalar la diferencia en el ámbito público, del Estado o de los sistemas políticos. “Incluso los liberales que sospechan del discurso de las virtudes cívicas a menudo toman la autonomía personal como algo de valor inherente; y, como ya se ha dicho, es posible que esos autonomistas sean perfeccionistas... trazar una distinción entre el objetivo de procurar la virtud de los ciudadanos por su propio bien y el de hacerlo por el bien del sistema político puede resultar difícil.” (244)

El problema de la cultura no es marcar la diferencia, sino estimular el principio de la diversidad.

La *ética de la identidad* en buena hora aparece; asoma generando una interlocución con los propósitos del doctorado de la Universidad El Bosque, y permite visualizar la tensión disciplinaria que se produce en la bioética al introducir el tema de la identidad. Un libro que vale la pena tener en la biblioteca, un libro que obliga al lector a fijar una posición.